

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO XXIX

NÚM. 1

DE RUFIANES, PROSTITUTAS Y OTRA CARNE DE HORCA

Se ha venido reconociendo progresivamente que la *Relación de la cárcel de Sevilla* de Cristóbal de Chaves, cuya redacción se sitúa a lo que parece entre 1596 y 1599¹, fue acogida con curiosidad y aplauso en los círculos intelectuales de la capital andaluza, convirtiéndose casi en seguida en un filón repetida y jubilosamente aprovechado por varios autores, entre los cuales destaca Mateo Alemán. Esta es, en efecto, la conclusión a la que permiten llegar tanto los comentarios que D. Alonso y E. Asensio han dedicado al *Entremés de la cárcel de Sevilla*², como las notas de F. Rico a su edición del *Guzmán* (1967, pp. 866-875), en que se lleva a cabo una confrontación entre el texto de Chaves y el de Alemán sin común medida, por su abundancia y su riqueza, con la antaño esbozada por S. Gili.

No ha recibido, en cambio, la misma atención el hecho de que la relación de Chaves también se convirtiera en minero ampliamente beneficiado por el padre Pedro de León, en la segunda parte del extenso informe que hacia 1616 redactó por orden de sus superiores, con el fin de ilustrar la labor misionera de la Compañía de Jesús en Andalucía³. La deuda del padre León con el texto de Chaves

¹ Cf. los datos recogidos por F. Rodríguez Marín en su edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, Madrid, 1920, pp. 207-208 y 216.

² D. ALONSO, *El "Hospital de los podridos" y otros entremeses alguna vez atribuidos a Cervantes*, Madrid, 1936, pp. 55-77. E. ASENSIO, *Itinerario del entremés*, Madrid, 1971, pp. 88-91.

³ El título de la copia manuscrita de la Biblioteca de la Universidad de Granada, que es la citada en el presente trabajo, contiene una errata (*misterios* en lugar de *ministerios*) que lo hace poco satisfactorio. Es preferible el del manuscrito conservado en Salamanca: *Compendio de industrias en los ministerios de la Compañía de Jesús, con que prácticamente se muestra el buen acierto en ellas. Dispuesto por el Padre Pedro de León de la misma Compañía y por orden de los superiores*. La parte dedicada al ministerio de las cárceles es la segunda, que va seguida de un *Appendiz primero de los ajusticiados*. Cf. F. RODRÍGUEZ MARÍN, *El Loaysa del Celoso extremeño*, Sevilla, 1901; J. PETIT CARO, "La Cárcel Real de Sevilla", *AH*, 1945, núms. 11 y 12; A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, "Delitos y suplicios en la Sevilla Imperial (La crónica negra de un misionero je-

pasó inadvertida por los primeros estudiosos que, habiendo tenido acceso a ambos documentos, hubieran tenido que reparar en ella, y sólo ha sido señalada por Pedro Herrera, autor de una monografía sobre la personalidad y la obra del padre León. Dice Herrera:

Es evidente que el padre León manejó la narración de Chaves, y aunque no pudo disponer de ella para la segunda parte de su *Compendio*⁴, sin embargo debió de tomar algunas notas en su primera lectura, que simplemente transcribió. En este sentido, las coincidencias son dos, de tipo material. Todo coincide en ambas narraciones, como puede verse en los capítulos 29 y 31 del tratado de la cárcel. Las dos son de cierta extensión, pero lo verdaderamente importante en este momento es la trascendencia que estas coincidencias tienen al ocuparnos del valor histórico⁵.

Además de la oscuridad que encierran, las palabras que preceden dan una cuenta muy incompleta de la realidad. En tres, y no en dos, de los últimos capítulos que el padre León dedica al ministerio de las cárceles (caps. 29, 30 y 31), los fragmentos transcritos de la relación de Chaves llegan a representar casi las dos terceras partes (63, 5%) de la totalidad del texto. El lector los hallará íntegramente reproducidos y confrontados con el original en el apéndice.

La importancia del préstamo autoriza a plantear varios problemas. Uno de ellos es la diferente estructuración que en los dos textos recibe un mismo material. Basta, en efecto, una rápida ojeada

suita)", *AH*, 1957, núm. 86, recogido en *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona, 1969; P. HERRERA PUGA, *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro*, Madrid, 1974 (existe una versión anterior, Granada, 1971, que no he podido consultar).

⁴ Alude aquí Herrera a lo dicho por el propio padre León. Éste, en efecto, se refiere dos veces a la relación de Chaves: la primera, para remitir a ella al lector deseoso de completar su información, y la segunda para afirmar que se trata de un escrito de escasa difusión: "y aunque tengo remitido al lector para que las vea en la vida de la cárcel que escribió de mano un Cristóbal de Chaves, procurador de esta Real Audiencia, no quiero dejar de poner aquí algunas de las que me acuerdo haber visto y oído, así porque no se hallará aquel tratado de Chaves tan a la mano, pues habiéndolo yo buscado varias veces para esta segunda parte del *Compendio*, y no lo he hallado, como porque pueden ser estas cosas no solamente de admiración a los que las leyeren, sino de mucho provecho y enseñanza para los que después hubieren de tratar con esta gente non santa y sepan que tratan *cum scorpionibus*" (fol. 208v-209). No sé hasta qué punto es sincero el padre León cuando habla de sus esfuerzos repetidos para encontrar el texto de Chaves en el momento de redactar la segunda parte del *Compendio*. —Ya en prensa este trabajo, leí el artículo de Jorge Urrutia, *La relación de la cárcel de Sevilla, Actas del I Congreso Internacional sobre la picaresca*, Madrid, 1979, pp. 121-133, en donde se alude brevemente al "plagio descarado" del padre León.

⁵ *Op. cit.*, p. 35.

al apéndice, y a las referencias que allí puntualizan la localización de cada fragmento en uno y otro autor, para darse cuenta de que si el padre León se muestra de una fidelidad casi absoluta al texto de Chaves en los fragmentos que transcribe, se toma grandes libertades con el orden que éste seguía, tanto en la descripción de la cárcel, como en la evocación de la vida de los presos.

Hay casos en que es relativamente fácil captar el por qué de las modificaciones introducidas por el transcriptor en lo que es propiamente la línea narrativa del texto: me refiero a los momentos en que el jesuita reúne dos fragmentos que en la relación de Chaves estaban separados, aunque trataran de un mismo tema. Ocurre esto cuatro veces: a propósito de las observaciones que se hacen acerca de la venta fraudulenta de vino aguado (cf. *Apéndice*, fragmento núm. 1), al evocarse el cierre de las puertas a las diez (fragmento núm. 6) o las ceremonias con que se despedían los presos de los condenados (fragmento núm. 9), y, finalmente, al hablarse de la costumbre de quedarse a dormir en la cárcel muchas mujeres (fragmento núm. 12), a cuyo propósito se trae inmediatamente a colación, en el texto del padre León, una anécdota que en el texto de Chaves no estaba, al parecer, tan estrechamente conectada con el contexto. Dentro de una perspectiva que excluye la intromisión de todo juicio de valor, está claro que no cabe hablar, a propósito de la tendencia a sintetizar que se observa en las refundiciones del transcriptor, de la superioridad de un texto sobre otro. El hecho de haber observado esta tendencia brinda en cambio un útil punto de partida para otra investigación, centrada en el examen de lo que la coherencia específica de cada texto revela acerca de la postura del autor y de sus intenciones. Éstas influyeron, en efecto, directamente en la elección de estructuras narrativas que no rige la misma pauta lógica.

No es mi intención desarrollar aquí el problema que acabo de evocar. Una confrontación sistemática de las estructuras narrativas propias de las dos relaciones a las que me estoy refiriendo cae, por razones materiales obvias, fuera de los límites del presente trabajo. Quedará, sin embargo, parcialmente tratado el tema al examinarse otro problema planteado por la transcripción fragmentaria del texto de Chaves por el padre León, problema que es el del criterio de selección del transcriptor. Afortunadamente, puede orientarnos en este caso una indicación del interesado. Éste, como queda dicho en una nota, remite dos veces al texto de Chaves; al hacerlo por primera vez, con la intención de ofrecer al lector la posibilidad de ver corroborado lo dicho por él acerca de la actitud a menudo incongruente de los condenados en la hora de morir, se expresa con reservas que permiten comprender por qué eliminó de su propia descrip-

ción de la cárcel extensos fragmentos que en Chaves alternaban con otros que en cambio copió casi a la letra. Dice en efecto el padre León:

Otras cosas a este tono están en la vida de la cárcel que hizo Cristóbal de Chaves, procurador de la Audiencia, muchas de las cuales debieron de pasar en otros tiempos, antes que la Compañía se encargase de este santo ministerio, y más son para reír que para edificar, si ya no sirviesen de dar gracias a Dios, por lo mucho que se han reformado las cosas de las cárceles con la doctrina y enseñanza de los nuestros (fol. 169).

Dado el lugar que tienen en la relación del jesuita las anécdotas destinadas a ilustrar la conducta aberrante de los presos en el momento en que tendrían que prepararse cristianamente a morir, está claro que lo único que éste censura, al referirse a cosas que *más son para reír que para edificar*, es el sesgo marcadamente burlesco que el desarrollo del tema toma en Chaves, en particular en los fragmentos en que se evoca la manera en que se despiden del condenado sus amigos y amigas:

... por curiosidad me puse a ver el pésame y despedimiento, y los delanteros tuvieron comedimiento de los unos a los otros quién hablaría primero; y dando la mano a Barragán, dijo: "Consuélese vuesarced, señor fulano, con que la justicia lo hace, y ésta puede darle pesadumbre, y vuesarced es honrado y morirá como honrado". [...] Dijo otro: "Una muerte había vuesarced de morir: ¡Bienaventurado el que muere por la justicia!⁶ De la señora Beltrana no lleve vuesarced cuidado, que aquí quedo yo y nadie le dará pesadumbre". "Eso le encargo yo a vuesarced (respondió el que había de morir), que yo haré otro tanto por vuesarced y mis amigos ..."

Cuando se sabe en la mancebía o en la casa de la mujer que tiene por amiga el que ha de morir, viene acompañada de otras semejantes a la prisión, puesta de duelo; y a voces, como si fuera su marido, dice: "¡Afuera! no me detenga nadie. ¿Dónde está el sentenciado de mi ánima?" Y antes de llegar al aposento se desmaya en brazos de veinte bergantes, que unos dicen que no la dejen entrar, y otros que sí. Y ha acaecido el que ha de morir decir a su amiga: "Leona, encárgote el alma, pues el cuerpo te ha servido en todas las ocasiones. Conciértate con el verdugo que no me quite la camisa y el calzón; y una destas señoras, cuando esté colgado, me limpie apriesa, porque no quede feo como otros pobretes". A esto da voces ella, diciendo: "¡Hasta la muerte es limpio y pulido mi bien!"... (B. J. GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, ed. facsimilar, Madrid, 1968, col. 1347).

⁶ Se advierte aquí el eco de uno de los chistes más famosos de la literatura española (cf. F. Rico, ed., *La novela picaresca*, 1967, p. 10, nota 3).

Y después de haberse ido los padres, comienzan a entrar otros presos amigos de la hoja; y todo el día y la noche tienen con ellos conversación, haciendo su parlamento de consolatoria, donde se dicen graciosísimas cosas sobre su pleito y sentencia, apuntando excepciones contra la sentencia primera que se le dio, y lo que se debiera hacer y se hizo. Otros hacen cargo a su procurador y letrado, diciendo que tal procurador y letrado le libraron a él de dos muertes; y otros, de tantos salteamientos; y que su letrado y procurador del que ha de morir no fueron para librarle a él de una. Otros dicen que el escribano no debió de estar pagado y que: "*A un pleito malo, por amigo el escribano*". Otros dicen: "*Yo favor, y quien quisiere, justicia*" (GALLARDO, I, 1361).

Las referidas escenas, que fueron en cambio las que privilegió el desconocido autor del *Entremés de la cárcel de Sevilla*, no hallan cabida en el informe del padre León. Y la observación que, siguiendo una indicación suya, hemos hecho refiriéndonos exclusivamente a las incongruencias que se oyen en la cárcel en las horas que preceden a la ejecución de algún delincuente, puede extenderse en realidad a otros tópicos de la vida carcelaria a cuyo propósito Chaves hace parecidamente alarde de reproducir lo visto y oído por él. Quedan de este modo excluidos de la relación del jesuita muchos fragmentos de diálogo directo o indirecto, en que era normal que se fijara preferentemente un entremesista⁷. El que fueran igualmente posibles la selección "verista" del jesuita y la "esperpéntica" del autor anónimo autoriza a destacar la hibridez de un texto que oscila en efecto entre los dos polos justa y divergentemente valorados por los contemporáneos.

Por circunstancias que, lejos de ser casuales, remiten a los fundamentos ideológicos de toda representación de las relaciones sentimentales entre seres que, por un motivo u otro, son considerados con un matiz de superioridad entre burlona y sarcástica⁸, casi todos los fragmentos en que toca Chaves el tema de los amores entre ru-

⁷ El hecho de suprimir los fragmentos dialogados de Chaves no significa que el padre León no tuviera interés por el modo de hablar propio de los delincuentes. Es, por el contrario, frecuente en su obra el empleo conscientemente subrayado por él de modismos jergales. Cf. el siguiente botón de muestra: "Y algunas veces he deseado yo saber cómo les ha ido allá con el golpecillo del garrote o con el envión con que los echa el verdugo de la escalera abajo (como ellos llaman al ahorcar morir de envión, y a la estocada, morir de sufión) ..." (fol. 171). Incluso llegó a prometer —como Chaves— un *Vocabulario de la germanía* (véase cap. 26, fol. 199v), que desgraciadamente no se encuentra en el lugar indicado (i.e., al fin del capítulo 28).

⁸ Éste es un tema que toco rápidamente, a propósito del encuentro de Don Quijote con la aldeana involuntariamente metamorfoseada en Dulcinea (*Quijote*, II, 10), en "Cervantes et le refus des codes: le problème du *sayagués*", *Imprévue*, Montpellier, 1978, núms. 1/2, pp. 122-145.

fianes y prostitutas están en la misma línea esperpéntica que la escena de despedida de la ramera previamente citada. De ahí que no se halle rastro de ellos en el texto del padre León, y que el tema de la erótica carcelaria, tan importante en Chaves y desarrollado luego en el romancero de germanía, no se toque o se toque apenas en una relación cuyo autor no tiene empacho en evocar con cierta prolijidad el caso de los sentenciados por pecado nefando. Es cierto que el padre León reproduce la pintoresca anécdota de las cincuenta mujeres que se quedan a dormir en la cárcel, y que están a punto de burlar la vigilancia del juez que, habiendo recibido aviso de que están allí escondidas, se presenta en la cárcel con la intención de averiguarlo (cf. el fragmento núm. 12 del *Apéndice*). Pero dicha anécdota destaca ante todo la burla que en la persona del juez sufre la justicia y se puede advertir que, conforme al criterio anteriormente aludido, no se encuentra en ella ningún diálogo de amor.

Entre los fragmentos tachados por el jesuita, que desarrollan el tema de la erótica carcelaria, figura una carta de amor a cuyo propósito exageró Chaves hasta donde le fue posible la postura de testigo que sólo reproduce lo que ha visto u oído (y, en este caso, leído). Como se trata de un fragmento al que no se ha referido modernamente ninguno de los investigadores que han citado la relación del procurador sevillano, me ha parecido oportuno reproducirlo *in extenso*:

Ana. Con Mellado que hue a Sevilla te envié unos renglones para que te retirases, por no sé qué hombrillos que han procurado darte pesadumbre, sabiendo que eres cosa mía; y saben ellos que si yo pisara tierra, se la diera hasta el ánima. Pero saldrá el hombre desta cadena, que todos nos entenderemos por vida del cielo de Dios, y no digo más.

Y en lo que dices de Damiana la de Cosme, mintió quien te lo dijo. Verdad hue que estando en esta mi galera Aguila, donde soy forzado, en el Puerto de Sancta María, entró en ella esa mujer y sentóse en la portiza conmigo, hízoseme de melindres, y dila seis torniscones y echéla por el escala abajo, quitéla un agnusdei de plata y una cinta que lo has de romper tú, si vivo. Esto pasó y no otra cosa. Y no tenía nadie que meterse en trenidades entre mí y ti, que de noche es y hay higuerras, y ayuda Dios a cada uno. Pero saldrá el hombre desta cadena, y todos nos entenderemos; y no digo más.

Mas verdad también hue que estando en libertad topé esa mujer en la casa del padre de Estepa, rota y deshandrajada, y dijome que era cosa que tocaba a Cejudo; y como soy tan amigo de amigos como sabes, socorríla allí con cuatro reales; y aun juro a Cristo que Martín, el de la Payana, me los prestó para dárselos. Y a quien te hue con chismerones... saldrá el hombre desta cadena, que todos nos entenderemos, y no digo más.

He sabido que mientras cumplo el tiempo de galeras te has acomodado con el Paisano, hombre desflorado, a quien los demás no solo no respetan, pero aun le quitan lo que tú le das. Vista ésta, le darás un madrugón tomando la vuelta de Jerez de la Frontera, quizá allí te dará gusto de her dos docenas de reales, que por vida de mi libertad, que hasta la almilla del rey tengo empeñada; y no digo más.

Nuevas de galera son que de treinta y dos onzas de bizcocho que daban a cada forzado, no dan ya más de veintiseis; no sé qué es la causa. Polarte queda malo de dos tratos de cuerda, ambos con zabullida, porque se acordó de Dios, y no para rezar. Gambalva por lo mismo pasó azotes toda la crujía. Al patrón de mi galera le alzarón a la Leonisa; echa ojo, si la vieres por allá.

Desta galera Aguila, este tuyo metido en tu cadena, donde hará por ti lo que hacía en libertad, cuando algunos temblaban de verte.

Tuyo hasta la muerte.

El nombre sabes, y no digo más.

Rematan esta carta los siguientes comentarios iconográficos:

Esto último venía en lugar de firma, y luego el señor Molina pintado como galeote, con unos grillos a los pies y una cadena larga que salía dellos, la cual iba a parar a las manos de una mujer que también venía pintada, con tres letras en la boca que decían *Ana*, y él una cifra que decía *Juan*, y en medio dellos un corazón pintado con dos saetas, y una letra que le salía a Molina desde la boca, y decía:

las saetas de Ana son,
y de Juan el corazón.

Y por orla desta carta traía en dos planas un romano, pintado como cabezón de camisa de mujer, dado con sus colores de azafrán como tienen en la estampa de la hoja primera los libros de caballerías; la cerradura de la carta, en forma de un devanador de mujer o dobladura de servilleta, cuando se pone por curiosidad en una mesa; y encima por sobrescrito "Juan a su Ana", y luego S y I (clavo) que decía: "Esclavo".

Cae de su peso que con un ejercicio de virtuosismo semejante, denunciado por múltiples indicios entre los cuales destacan el empleo del chusco estribillo y la referencia al corazón herido de dos saetas⁹, se corría el riesgo de echar a pique la ficción realista que en toda la relación se procura mantener. De ahí que el autor irrumpiese en este lugar en protestas sin común medida con las referencias que en otros hacía a su calidad de testigo:

⁹ El corazón herido de dos flechas figura ya, como detalle de mal gusto, en la *Segunda Celestina* de F. de Silva (escena XXIV).

Y porque no parezca a algunos que esta carta no fue propia de Juan de Molina, y que yo la pude componer para adornar o henchir mi historia o cuento, digo que no pudiera hombre ninguno, por hábil que fuera, juntar palabras tan acomodadas a la vida y entendimiento desta gеме como las acomodó Molina . . . (GALLARDO, I, 1364-1365).

Con lo cual, lo único que se consigue es destacar todavía más el carácter apócrifo de la carta que se pretende fielmente transcrita del original.

La interpolación de un fragmento tan abiertamente mistificador en un texto presentado por su autor como un testimonio fidedigno sobre la vida de los delincuentes, y que en efecto ha podido ser considerado, en parte al menos, como tal, plantea de rechazo varios problemas. El primero es el del criterio que nos llevará a considerar que las informaciones de Chaves son, según los casos, auténticas, apócrifas o sospechosas. Entre el polo extremo de la ficción, representado por la carta de amor del galeote Molina, y la descripción arquitectónica de la cárcel, en que parece difícil que llegara a exhibirse la propensión del autor a hermohear lo que cuenta con detalles de una gran riqueza imaginativa, ¿qué radar secreto detectará si estamos en el terreno firme de la realidad o en el movedizo de la invención? Y el instrumento de detección infalible que a nosotros nos falta ¿quién nos garantiza que lo poseyera el padre León?

No quiero decir con esto que las intenciones del digno jesuita dejaran en ningún momento de ser ejemplares, ni que sus largos años de contacto con los presos no le dotaran de una experiencia que hace del *Compendio* un documento a muchos respectos excepcional. Pero la facilidad con que se rastrea en él la presencia de elementos que pertenecen a la tradición jocosa permite interrogarse acerca de la posible interposición de unos filtros ideológicos que condicionan en la época la manera con que la delincuencia es vista por los representantes de las clases dominantes. Algunos ejemplos me permitirán ilustrar aquí una tendencia que merecería estudiarse a fondo.

Aunque los tomo de dos capítulos en que el padre León aprovecha masivamente la relación de Chaves, los dos primeros ejemplos tienen la particularidad de figurar en interpolaciones originales del compilador. Los otros dos, que ilustran también opiniones sobre la delincuencia, remiten a la representación satírica tradicional de la mujer.

Al decir a propósito de los valentones más peligrosos que encierra la cárcel que "todo su trato es de cuestiones, y no de metafísica. . ." (c. 29, fol. 209v), emplea espontáneamente el jesuita un modelo de frase utilizado con singular frecuencia en la tradición jocosa.

Aparece por ejemplo, sin ir más lejos, en la carta del rufián a la prostituta anteriormente reproducida: "se acordó de Dios, y no para rezar". Tales construcciones manipulan usualmente una ambigüedad que favorece a primera vista una interpretación edificante, pero que se resuelve posteriormente subrayando una oposición del tipo *conducta laudable vs. conducta reprehensible*.

Volvemos a encontrar la misma oposición en el segundo ejemplo, más elocuente que el primero en la medida en que el autor se refiere en este caso explícitamente a la tradición chistosa. Al leer el relato de la primera fuga contenido en el fragmento núm. 10 del apéndice, observamos que las consideraciones moralizadoras con las que Chaves cierra el episodio ("que bien lo mereció su desvergüenza y atrevimiento de haberse venido tan cerca, sabiendo que si le prendían no tenía remedio su negocio") aparecen substituidas en el texto del transcriptor por un juicio mucho más sarcástico sobre la estupidez del preso evadido a quien vuelven a prender. Este juicio está salpimentado por un inciso humorístico que sólo se aprecia cotejándolo con un cuentecillo de la *Floresta* de M. de Santa Cruz:

... dentro de un año lo volvieron a prender en Sanlúcar de Barrameda (adonde se suelen recoger a buen vivir, como el otro mesonero que se fue a ser ventero en Sierra Morena, diciendo que se había venido a recogerse allí a buen vivir) ... (LEÓN, fol. 214).

En una venta de Sierra Morena reconoció un fraile al ventero, que solía ser mesonero en Sevilla, y había posado algunas veces en su mesón. Preguntóle el fraile: "Hermano, ¿cómo venistes aquí?". Respondió: "Padre, he querido recogerme" (IX, 3, iv)¹⁰.

Manifiesta el padre León la misma espontaneidad al recurrir a un refrán procedente de otro cuentecillo famoso cuando evoca la tenacidad de las mujeres en su resistencia a la tortura:

Una cosa que tengo mucho tiempo ha considerada y ponderada, y es que de veinte mujeres a quien se da tormento, las dieciocho no confiesan el delito, y que si ellas se dejan desnudar hasta medio cuerpo para darles tormento, como se suele, y no confiesan, no hay peli-

¹⁰ El chiste gozó de una gran popularidad, como lo demuestra la alusión elíptica del *Quijote*: "y que, a lo último se había venido a recoger a aquel su castillo donde vivía con su hacienda y con las ajenas ..." (I, 3). Cf. igualmente: "me columbró, yendo yo a la ermita de un ventero" (F. López de Úbeda, *La Picara Justina*, "La melindrosa escribana", núm. 2, ed. A. Rey Hazas, Madrid, 1977, p. 112). Independientemente, o en relación con el chiste recogido por M. de Santa Cruz, el contraste *ventero vs. ermitaño* incluso se hizo proverbial: "«A Dios, paredes, ke me voi a ser santo». E iba a ser ventero" (CORREAS, ed. Combet, 1967, p. 13a).

gro de que ellas hayan de confesar, porque sufriendo lo que es más para ellas, que es dejarse desnudar, sufrirán lo que es menos, demás y allende de que, si una vez dicen tijeretas, no hayáis miedo que sean tijeras (*Appendiz primero de los ajusticiados*, fol. 369)¹¹.

De modo semejante, la condena de un invertido, hijo de un sedero, le suscita un comentario que remite directamente a uno de los más famosos refranes sobre las relaciones amorosas (*El hombre es fuego y la mujer estopa, viene el diablo y sopla*¹²):

... andaba con tantas galas y parecía más mujer que hombre, las cuales dicen que le daban los que usaban con él aquella desventura, porque siempre servía de mujer y era él el paciente; hilaza más gruesa y peligrosa que la de la seda, que él no quiso aprender de su padre, tomando el oficio, sino el de mujeres, que son comparadas a la estopa, y juntóse con el fuego, que son los hombres. Llegó el diablo y sopló con los fuelles de la sensualidad y los deleites de la carne, y encendió el fuego que los abrasó (*ibid.*, fol. 250v).

Es cierto que semejante glosa está en la línea usual de la elocuencia sagrada de su tiempo, pero precisamente el recurso tan espontáneo a un fondo común de chascarrillos y refranes interpone entre el observador y su objeto un filtro de lugares comunes y de tópicos que revelan más sobre los comportamientos colectivos frente al fenómeno estudiado que sobre el fenómeno mismo.

La evidencia de semejante explotación de tópicos jocosos en un informe sobre las dificultades del oficio de confesor en el ambiente carcelario nos lleva a preguntarnos hasta qué punto no pertenece a la misma corriente la tendencia a subrayar los aspectos más aberrantes de la conducta de los condenados en el momento que precede a su ejecución, conducta que contrasta con la de aquellos que los padres jesuitas enderezan por el camino del arrepentimiento y de la contrición. Entre los hechos que le brinda la realidad, el observador escoge y agranda aquéllos que de hecho responden a una espera predeterminada por ideas preconcebidas que comparte con los demás representantes de un orden social dado. De ahí una red de coincidencias en el tratamiento del tema, que no sólo aparece en España, sino también en otros países de Europa. Resolver el problema que estas coincidencias plantean declarando que los tópicos así desarrollados corroboran la existencia de una misma realidad no pasa de ser una actitud tautológica. Un trabajo como el que Roger Chartier ha consagrado a algunos aspectos de la representación tradi-

¹¹ Para la difusión del cuentecillo, véase M. CHEVALIER, *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid, 1975, pp. 195-198.

¹² Cf. CORREAS, *Vocabulario de refranes*, ed. cit., p. 88a.

cional de grupos marginados¹³ puede ayudarnos para reexaminarlo desde otro punto de vista.

El padre León dedica varios capítulos de la segunda parte del *Compendio* al papel del confesor en la preparación espiritual de los condenados a muerte. El primero de estos capítulos, el número 20, cuyo título es revelador ("En el que se ponen algunas cosas particulares, tocantes al modo que algunos bravos han tenido en el tiempo que estaban para ser justiciados, y otras cosas semejantes"), se abre aparatosamente con una anécdota narrada a la manera dialógica típica de muchos fragmentos de la relación de Chaves, y ello a pesar de las reticencias del padre León, manifiestas como hemos visto en la selección de los capítulos 29 a 31. Esta estructura dialógica está subrayada, además, tanto por la anotación marginal (*Dialogismo entre un valiente que estaba para ser justiciado y sus amigos*, fol. 168v) como por la frase con que se encadenan la anécdota y los comentarios que a continuación destacan la obligación de ayudar a los condenados a prepararse para una buena muerte ("No es mal diálogo para el tiempo en que estaba el sobredicho penitente", fol. 169). Se observará no obstante que el padre León se cuida mucho de subrayar que él estaba ausente cuando ocurrió el suceso, lo que tal vez no sea más que un subterfugio inocente para poner a salvo su buena fe:

Estando yo en una misión, supe cuando volví de ella que estando un bravo en la enfermería de la cárcel, disponiéndose para ser justiciado por una muerte, y estando junto al altar que allí les suelen hacer para que estén más recogidos, fuéronle a visitar algunos valentones, y allí se trató si habían de llevar luto o la ropa que suelen llevar los demás justiciados, y dijo el sobredicho penitente, que si doce audiencias mandasen que llevase la ropa blanca que llevan los otros, no la había de llevar él, y díjole uno de los sobredichos: "No digáis eso, Francisco, que parece género de soberbia". Respondió el penitente: "Váyase vuaced norabuena, que no le habemos menester acá". Respondió otro de sus camaradas: "Francisco, como este tiempo es de hacer penitencia y para ir a dar cuenta a Dios, no os espantéis que os diga eso otro amigo, que todos somos predicadores en semejantes ocasiones". No se quedó con lo dicho el penitente, ni se arrepintió de ello, antes le dijo a este amigo, que se llamaba Palencia: "Palencia, pues voto a Cristo que cuando me saquen por aquella puerta (señalando la reja que sale al corredor) con el Cristo en las manos, que le tengo de dar al cabrón de Buen Rostro (que era el portero de aquella puerta) un cristazo que le rompa la cabeza". A lo cual dijo un matante de los que estaban allí: "¿Un cristazo, Francisco? cuando vos alcéis la mano para darle, huirá el cuerpo y no le alcanzaréis sino

¹³ "Les élites et les gueux. Quelques représentations (xvi^e-xvii^e siècles)", *RHMC*, 21 (1974), pp. 376-388.

cuando mucho con el INRI". "Pues voto a Dios que le tengo de dar con pies y manos hasta que no quede pedazo del Christo". Alabóse este coloquio, con estas bravosías y blasfemos (fol. 168v-169).

El doble motivo de las preocupaciones vestimentarias fuera de lugar y de la blasfemia constituye el punto de convergencia más evidente entre la temática desarrollada en este fragmento y la que aparece perfectamente codificada en la relación de Chaves. Este doble motivo está ya presente, de manera embrionaria, en una historieta de la *Floresta*:

Queriendo llevar a arrastrar a uno por una muerte de un hombre, que le había muerto a traición, dijo al verdugo: "Villano, sacude ese serón de esa cal; si no, por Dios que no entre dentro" (IV, 6, ii).

Parece, no obstante, que Chaves es el responsable directo de la hipertrofia del tema, que cobra en él la forma de una discusión entre especialistas de la elegancia masculina, seguida de una serie de consideraciones generales, para acabar en una coda frecuentemente mencionada a propósito de la muerte del padre del Buscón:

Acabada la cena, entró la persona a cuyo cargo está poner los hábitos blancos de la Caridad. Y acertó a cabelle al postrero¹⁴ un hábito no tan bueno ni tan a gusto como él quisiera; y habiéndolo mirado se lo quiso quitar, jurando a Dios de no llevarle, si no le daban otro; y dándole una caperuza vieja, la echó por ahí diciendo que votaba a Dios si no le daban otra, de no llevarla, que bastaba llevar el hábito: y así se fue sin ella. Y hubo después pendencia entre los presos sobre que debiera llevarla, y otros que no, como si fueran galanes de comedia que para hacer su figura escogen de los vestidos el mejor...

Digo esto, para que se entienda que a esta gente atrasada y perdida, cuando van a morir les parece que van a boda: porque con este modo de hablar tan sin pesadumbre, sacan los abanicos hechos, otros se ponen los bigotes, otros se componen y enderezan mucho de cuerpo, haciendo de la gentileza ... (GALLARDO, I, 1362).

Por lo que se refiere a la evocación del acompañamiento habitual de los condenados a muerte, se advierte una diferencia fundamental entre el texto de Chaves y el del padre León. Mientras que en el primero los circunstantes corean los disparates que pronuncia el que va a ser ajusticiado, el segundo hace intervenir en dos ocasiones a delincuentes que representan el papel de consejeros espirituales; uno de ellos incluso se encarga de poner de relieve esta mu-

¹⁴ Son dos los delincuentes que en este caso van a ser ejecutados.

tación, al hacer observar que en semejantes ocasiones todo el mundo se improvisa predicador. Se podría pensar a primera vista que nos encontramos aquí ante otro tópico de la representación codificada de la delincuencia a fines del siglo XVI, tópico que convierte a los condenados en predicadores impenitentes. Este tópico aparece en Chaves en forma de advertencia contra la propensión a transformarse en predicador, calificada de signo de debilidad ("ni sea predicador en el sitio desta desgracia, pues es hijo de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía"; GALLARDO, I, 1347¹⁵). Por su parte, Mateo Alemán alude a él en la declaración con que encabeza la primera parte del *Guzmán*: "Pues aun vemos a muchos ignorantes justiciados, que habiendo de ocuparlo en sola su salvación, divertirse della por estudiar un sermoncito para la escalera" (ed. cit., p. 96).

Si admitimos que esta representación codificada es el punto de partida implícito de la frase utilizada por uno de los valentones de la anécdota del padre León para señalar su propia mutación y la de uno de sus compañeros en predicadores, la reinterpretación a la que se viene a parar invierte por completo las premisas propias del tema. En este caso, la prédica ya no corre a cargo de un condenado a muerte que se divierte en ocupaciones inadecuadas a la gravedad de su situación, sino de dos delincuentes que, a pesar de su condición, se muestran capaces de ver lo inadecuado del comportamiento de uno de sus semejantes y lo llaman al orden. Semejante situación, que se repite en otro lugar del manuscrito del jesuita (fol. 322), pero que es inconcebible en Chaves como en el resto de la representación jocosa de la delincuencia, apunta a una particularidad del autor que hay que explicar como un intento de distanciación con que pone de relieve que la buena doctrina se manifiesta a veces por las bocas más inesperadas.

Si aceptamos que la secuencia dialogada con que el padre León inicia la serie de capítulos consagrada a la preparación de los condenados ha sido concebida como réplica a las de Chaves, y particularmente al despliegue de virtuosismo con que se toca el tema de las exigencias vestimentarias inoportunas, resulta útil llamar la atención sobre el hecho de que tal tema, que en el jesuita inicia la conversación entre el condenado y sus amigos, en Chaves marca también el momento en que toma la palabra el preso que va a ser ejecutado. En efecto, hasta el momento en que el tema aparece, son los demás delincuentes los que llevan la voz cantante y son ellos los

¹⁵ El *Entremés de la cárcel de Sevilla* conserva esta réplica y la desarrolla en la forma siguiente: "ESCARRAMÁN. Y si al bajar lloraren las personas, no las vuelva el rostro ni sea predicador en el sitio desta desgracia, que es hijo de vecino de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía. PAISANO: No hay que tratar deso, ni decir: «Madres, las que tenéis hijos, mirad cómo los adotrínáis y enseñáis», que todo es borrachería y barahunda»" (NBAE, t. 17, p. 101a).

encargados de prodigar promesas de venganza que sólo se llevarán a cabo tras la ejecución del principal interesado:

Otros le prometen, si Dios les da libertad, de matar a la otra parte, porque lo siguió y no le quiso perdonar. Otros le certifican que harán otro tanto al que lo sopló. Otros, que a los testigos que dijeron contra él harán lo mismo; y al verdugo, porque le dio el tormento muy grave estando pagado, por lo cual confesó lo que no hizo: por manera que en su muerte le traen a la memoria tantas muertes como he dicho, que parece que son cochinos que quieren acecinar (GALLARDO, I, 1362).

El deseo de venganza no *post* sino *ante mortem*, por un fenómeno naturalmente relacionado con la representación distinta del cortejo del delincuente antes mencionada, se expresa en el padre León por boca del condenado mismo. La sencillez con que se pasa en este caso del tema de las exigencias vestimentarias al de la venganza nos permite comprender, mejor que con la maraña temática de Chaves, que la relación directa entre las dos cuestiones es de hecho una perversión hipertrófica del punto de honra. De ahí que en la conclusión moralizadora de la anécdota se extienda el jesuita sobre el punto básico de la omisión de perdonar las ofensas por puntillo de vanidad mundana:

No es mal diálogo para el tiempo en que estaba el sobredicho penitente, y no es maravilla según que traen la vida gentilizada, sin Dios y sin ley, y sin aprensión de lo que es el paso en que están, pareciéndoles que aquélla es la verdadera valentía, el estar tan en los puntos de sus venganzas, y tan sin turbación como si no hubieran de ir a parecer ante el tribunal de Dios dentro de muy pocas horas, adonde ni tendrán manos ni lenguas para echar semejantes retos (fol. 169).

La coherencia de esta relación entre el deseo de satisfacer el punto de honra con la ostentación vestimentaria o con la venganza queda en cambio medio oculta en el texto de Chaves, en el que se pone el acento en el carácter absurdo de esta serie de actitudes, que más parecen deberse a la alienación radical inevitable en el inframundo de la delincuencia que a una supuesta perversión de los valores mundanos. Por ello, las referencias al cuidado que el sentenciado pone en su vestimenta y en su porte enlazan directamente con la evocación del enajenamiento logrado con los naipes o el vino.

La divergencia que he procurado destacar aparecerá tal vez mejor si procedemos a un careo textual que el citado fragmento de Chaves sobre el juego de naipes suscita, fragmento que se sitúa por cierto en la prolongación de aquel otro sobre la bizarra compostura

de quienes más parecen ir de bodas que al patíbulo. En ese preciso lugar se inserta, a modo de *exemplum*, una escena de juego entreverada de diálogos con el escribano que acaba de notificar la fatal sentencia a uno de los jugadores:

Y ha habido hombre que estando jugando a los naipes, le han notificado sentencia de muerte y que se confiese, y ha respondido que le dejen ver su suerte; y tornándole a decir que mire que le notifican aquello, ha respondido al escribano que haga su oficio y no pase de ahí: "Mire que me enojaré". Otros, que muy en su juicio responden al escribano cuando les hace semejantes notificaciones: "¿Quién dio esta sentencia?" Y diciéndole que el alcalde de la justicia, o el teniente, ha respondido: "Puédelo hacer como juez; pero sea él tan honrado, que con una espada en la mano salga a reñir conmigo, y veremos quién mata a quién". Y saliendo el escribano santiguándose de semejantes disparates y atrevimiento, torna a la baraja a decir: "¡Digo mi parte!" (GALLARDO, I, 1362).

Resulta difícil no ver al menos parcialmente en esta anécdota una postura antisenequista. El *De tranquillitate animi* presenta en efecto la escena siguiente, que parece haber sido muy difundida y que me limitaré a citar en la versión francesa, casi estrictamente contemporánea de la de Chaves, de Guillaume Bouchet (1597) y en la abreviada que veinticinco años más tarde propone Rodrigo Caro:

Sénèque à ce propos ... dit que Caius [*sic*] Julius jouait aux échecs, lorsque la sentence donnée contre lui par Jules César fut prononcée; et qu'il dit à celui qui jouait contre lui: "Savez vous que c'est, n'allez pas dire quand je serai mort que vous m'avez gagné, et me serez témoins (parlant aux assistants) que j'ai plus beau jeu que lui". On a dit qu'après être sentiencé, qu'il le conta a son geôlier, et qu'il écrivit quelques paires de lettres, comme s'il en eût attendu la réponse¹⁶.

Séneca refiere a Canio, condenado a muerte, que notificándole la sentencia fatal, estuvo tan en sí, que contó las piezas todas y dijo al centurión que venía a notificársela: "Séame testigo que le llevo una pieza de ventaja"¹⁷.

Para invertir el alcance moral del ejemplo, Chaves ha de recurrir a una auténtica esperpentización *avant la lettre*¹⁸. Para el padre

¹⁶ *Les Serées*, L. II, 14e Serée. Cito por la ed. de C. E. Roybet, Paris, 1874, t. 3, p. 77. He modernizado la ortografía (como lo hago más adelante en las citas de Estienne y Montaigne).

¹⁷ *Días geniales o lúdricos*, Diál. III, § 5, CC. 212, p. 203.

¹⁸ Merece un estudio aparte la línea totalmente divergente en que Alemán y el autor de *Entremés de la cárcel de Sevilla* reelaboran la escena de juego de Chaves. Me limitaré a señalar aquí el cambio de orientación que se observa

León, en cambio, la oposición flagrante entre los valores que difunde la moral cristiana y el gesto estoico de Muscio Scevola es suficiente para que éste aparezca *ipso facto* como algo irrisorio:

(...) y siempre es necesario rechazarles aquellas cosas y persuadirles que no está en aquello la valentía y valor, el denuedo y ánimo, sino en el conformarse con la voluntad de Dios, que quiere que paguen por sus pecados, y en llorarlos muy mucho, y sentirlos de manera que no se les arranque la espina del corazón, ni se les cierre la llaga que han de tener en sus entrañas (...) y todo lo demás es de muy poco fruto y cosa de gentiles, como cuando el otro se dejó quemar la mano, y el otro entrar en el fuego, y el otro dejarse matar, y todo por adquirir una poca de honra y fama, y para que quedase su nombre celebrado, y memoria de sus hazañas, y no por la virtud y agradar a Dios, como los mártires de Cristo Señor Nuestro (fol. 170v-171).

La referencia explícita a conductas que eran modélicas en sociedades paganas exime en este caso al autor de recurrir, dada la perspectiva perfectamente ortodoxa en que se sitúa, a disfraces o caricaturas groseras. Nos encontramos situados de este modo en las antípodas de aquella anécdota sobre el valentón que se prepara a morir soñando con acabar a cristazos con uno de los carceleros, en la cual hemos observado no obstante que la insistencia con que se destacan las raíces de una conducta aberrante en lugar de detenerse en los excesos de la misma implicaba ya una relativa ponderación. Con estas oscilaciones, el texto del padre León nos sitúa probablemente en los orígenes de toda la mitología construida a propósito del seudo heroísmo delincuente. Cabe preguntarse en efecto hasta

en las réplicas que Alemán pone en boca del rufián condenado a muerte, y a destacar que invierte la progresión temática seguida por Chaves, al tomar como punto de partida el *exemplum* en que están asociados el juego y el vino, evocando sólo a continuación el cuidado de producir una buena impresión camino del suplicio: "Hubo en mi tiempo un rufián, que, teniéndolo sentenciado a muerte y puesto en la enfermería para sacarlo el día siguiente a justiciar, viendo jugar en tercio a los que lo guardaban, se levantó del banco y se fue para ellos como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena. Y preguntándole donde iba, dijo: "Acá me vengo a pasar el tiempo un rato". Los guardas le dijeron que se ocupase rezando y encomendándose a Dios, y respondiéndoles: "Ya tengo rezado cuanto sé y no tengo más que hacer. Barajen y echen por todos y tráigase vino con que se ahogue aquesta pesadumbre". Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: "Díganle a ese hombre que es para mí. Basta, no digan más y juguemos. Que juro a Cristo que no entiendo en lo que ha de parar este negocio". A este son bailan todos. Otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello y llevar el bigote levantado ha de ser su salvación" (2a, III, 8; 1967, p. 875).

qué punto el deseo de combatir la fascinación que podían ejercer unos gestos más o menos estoicos en sociedades impregnadas por una estricta codificación del honor está en la base, siquiera inconsciente, de todo un folklore sobre el comportamiento de los delinquentes ante la muerte.

El hecho de que tal folklore aparezca en España enriquecido con rasgos aparentemente originales, y ocupe un lugar en determinadas obras literarias (célebres algunas de ellas) no tiene por qué ocultar la difusión que llegó a tener en el resto de Europa. En la mala preparación de los condenados que van a ser ajusticiados ve Henri Estienne (1566) uno de los múltiples indicios de la depravación de los tiempos en que le ha tocado vivir, y los chistes que cita para corroborar lo dicho por él a este propósito recuerdan de manera irresistible los que recogen anecdotarios españoles de la misma época:

Mais avant que venir à cette autre sorte de larcin, je veux montrer une pitié qui est en ces pauvres misérables qu'on pend pour larcin, plus grande aussi (comme je crois) en notre siècle qu'elle n'a été ès précédents: c'est que pour un qui a sentiment de sa faute au partir de ce monde, et en demande pardon a Dieu, on en voit dix qui meurent n'ayant non plus d'appréhension ni de sa justice, ni de sa miséricorde, que bêtes brutes. Et même combien oyons-nous parler tous les jours auxquels le bourreau a donné le saut pendant qu'ils gausaient encore? L'un dit étant là: "Messieurs, ne dites pas à mes parents que vous m'avez vu pendre, car vous me feriez enrager". L'autre: "Dites-moi, messieurs, par votre foi, pensez-vous que si on ne m'eût amené ici, j'y fusse venu?" L'autre répond au beau père qui lui dit: "Mon ami, bon courage, vous irez aujourd'hui en paradis" —Ha, beau père, il suffira bien que j'y sois demain à vêpres" L'autre, à messire Jean qui lui dit: "Mon ami je vous assure que vous irez souper aujourd'hui avec Dieu" répond: —"Allez-y vous-même, car quant à moi je Jeûne" ou: "Allez-y souper pour moi, et je paierai votre é cot". Un autre, étant à l'échelle, demande à boire: et puis le bourreau ayant bu le premier, il dit qu'il ne boira ja après lui, pource qu'il a peur de prendre la vérole. Un autre, allant au lieu du supplice, dit qu'il se gardera bien de passer par telle ou telle rue, pource qu'il a peur de prendre la peste. Un autre dit: "Je ne passerai point par cette rue-là, car j'y dois de l'argent, et pourtant je crains qu'on ne m'arrête au corps"¹⁹.

Las mismas respuestas chistosas pasan a ilustrar, en Montaigne, unas reflexiones en torno al carácter relativo de toda opinión sobre la dicha o la desdicha. El interés del breve preámbulo teórico con que introduce algunas de las anécdotas de Estienne es que en él asoma

¹⁹ *Apologie pour Héródote*, I, 15; Paris, 1879 (ed. de P. Ristelhuber), t. 1, pp. 251-252.

el recuerdo de la muerte de Sócrates, lo que confirma que no andábamos equivocados al interpretar parte del folklóre sobre la delincuencia como una versión degradada de los valores estoicos:

Combien voit-on de personnes populaires, conduites à la mort, et non à une mort simple, mais mêlée de honte et quelques fois de griefs tourments, y apporter une telle assurance, qui par opiniâtreté, qui par simple nature, qu'on n'y aperçoit rien de changé de leur état ordinaire; établissant leurs affaires domestiques, se recommandant à leurs amis, chantant, prêchant et entretenant le peuple; voire y mêlant quelquefois des mots pour rire, et buvant à leurs connaissances, aussi bien que Socrate²⁰.

Volvemos a encontrar las mismas anécdotas en una de las *Serées* de Guillaume Bouchet, con la peculiaridad de que allí se acentúa el sesgo burlesco del conjunto, al atribuir las todas a un condenado que hace reír al verdugo hasta el extremo de paralizarlo por cierto tiempo. Lo cual no es óbice para que Bouchet entre luego en consideraciones filosóficas sobre la entereza o la inconsciencia de los condenados, demostrándonos con este párrafo que estas consideraciones habían llegado a ser tan tópicas como las anécdotas que introducían o remataban:

Le conte achevé, la plus part de la Serée ne pouvait croire qu'un homme qui s'en va mourir pût tenir ce langage, sinon un, lequel va dire qu'il ne s'ébahissait point de la constance et assurance qu'ont aucuns exécutés à mort: parce que, disait-il, que suivant Aristote, ceux qu'on mène à la mort n'ont nulle crainte, d'autant qu'ils sont sans aucune espérance ...²¹

Más interesante todavía resulta observar cómo se abre paso todo este folklóre en la relación de viaje de un oscuro clérigo natural de Mons, François Vinchant. Vinchant, que viajó hasta Italia entre 1609 y 1610, relató posteriormente su experiencia con la probable ayuda de apuntes tomados durante el trayecto. En esta relación, parcialmente publicada a fines del siglo pasado, acoge generosamente un amplio repertorio de historietas, no todas ellas reproducidas por el editor. El fragmento que nos interesa directamente aquí está situado en el momento en que, al llegar a Roma, Vinchant topa con tres condenados camino de la horca. La perspectiva moralizadora de su evocación adopta la forma de un mosaico de alusiones a anécdotas jocosas sobre la conducta de los condenados, para acabar con el párrafo filosófico que, como hemos visto, parece de rigor en tales circunstancias:

²⁰ *Essais*, I, 14. O. C., Pléiade, p. 51.

²¹ *Le Serées*, ed. cit., t. 3, pp. 58-59.

Et comme je descenda [*sic*] de Monte Chavello et que je fus arrivé près le pont St. Ange, je vis trois Italiens qui alloient jouer des pieds en air sous un gibet contre leur volonté. Ils n'estoient si plaisans et n'estoient intentionnés de tomber en cadence, comme l'on at veu aucuns plaisantins estans prests à faire ce saut perilleux. Car l'on at bien veu qu'un certain qu'on menoit au gibet, disoit qu'on ne le menast par telle et telle rue, d'autant qu'il y avoit dangier que certains marchans ne l'arrètèrent pour quelques debte ... Un autre qui fut pendu près de Maubeuge, durant la maladie contagieuse qui regnoit en la ville de Mons l'an 1615, demanda si la corde n'avoit pas été acheptée à Mons, car il craindroit d'estre infecté ...

Voilà comment plusieurs aians la mort entre les dens et la peau, ne s'esmovent, ains plustost se jouent d'icelle, et pourtant elle est effroyable en soy et sur tout²².

Es cierto que ninguna de las anécdotas que preceden desarrolla el tema de la jactancia o del orgullo en la horca. Se limitan a subrayar la actitud inconsciente de unos condenados que se comportan como si su ejecución no fuera inminente, invirtiendo el sentido del *exemplum* senequista del condenado a muerte que escribe como si esperase recibir respuesta. Se advertirá que, en el terreno estrictamente jocoso, el recuerdo de una deuda por la que se teme de manera absurda ser perseguido invierte también el gesto que Chaves atribuye a un condenado que, camino de la horca, descubre un rosario que le pertenece y lo reclama²³. En cuanto a la anécdota sobre el temor de verse ahorcado con una soga comprada en una ciudad apestada, reconocemos, a pesar de la actualización con que el autor pretende autentificarla, un rasgo chistoso de fácil paralelo con el chascarrillo del sentenciado que sopla la espuma del vino, dañosa para los riñones²⁴, o que se niega a beber después del verdugo por miedo al contagio (Estienne).

A nivel lingüístico, finalmente, el regodeo evidente con que Vinchant recurre a una perífrasis posiblemente tomada de la jerga del hampa para evocar el tránsito de los ahorcados recuerda el uso que el padre León hace de expresiones equivalentes en el momento de cerrar el capítulo en que comienza a tratar del problema de la preparación espiritual de los condenados a muerte:

Pero diráme alguno, todo lo que nos habéis dicho no es más que para probar que no van en si estos hombres, y que antes dañan

²² F. HACHEZ (ed.), "Voyage de François Vinchant en France et en Italie", *Bulletin de la Société Royale Belge de Géographie*, 21 (1897), p. 44.

²³ "Llevándolos, pues, por las calles acostumbradas, y llegando a la plaza de San Francisco, uno dellos alzó la cara y vido a un mancebo un rosario en la mano, con que le prendieron ... y a voces le dijo: '¡Señor soldado, ah, caballero! ese rosario que voarcé tiene es mío; démelo...'" (GALLARDO, I, 1362).

²⁴ Cf. M. CHEVALIER, *op. cit.*, p. 123.

que ayudan los que se injieren a ayudar, y que lo que desean saber es otra cosa, eso es, que cómo les ayudo en aquel salto peligroso, y en el bailar en vago, como ellos llaman al ser ahorcados, y cuando les aprietan las nueces que les quitan las ganas del comer, cuando danzan en el aire, etc. Respondo que diré en el capítulo siguiente algo por donde se pueda colegir (fol. 172v).

Todas estas variaciones jocosas sobre los últimos momentos de los condenados plantean un problema que en cierto sentido se puede comparar con el que presenta la difusión europea de las taxinomías de mendigos y ladrones que se creían procedentes del *Liber vagatorum*, hasta que se descubrió un antecesor italiano²⁵. A fines del siglo pasado y a comienzos del presente, los eruditos interpretan tales taxinomías como testimonios de primera mano sobre la existencia de organizaciones jerarquizadas en los grupos marginales. Los historiadores de hoy, más cautos, ven sobre todo en las referencias obsesivas a esas clasificaciones un reflejo de los espejismos ideológicos de las élites que las describen²⁶. Creo que sería prudente considerar en la misma perspectiva la micromitología desarrollada en torno a las aberraciones de los condenados en vísperas de su ejecución.

Al decir esto, mi propósito no es presentar el testimonio del padre León como una sarta de embustes. He dicho ya, y lo repito, que el *Compendio* es un documento por muchos aspectos incomparable sobre la delincuencia en la Sevilla de fines del siglo xvi y comienzos del siglo xvii. Lo que no implica que en él haya datos más de fiar que otros. Parece que A. Domínguez Ortiz, con el acierto propio de un investigador avezado, supo seleccionar la parte menos sospechosa al privilegiar en sus comentarios al *Appendiz de los ajusticiados*.

Invirtiendo la perspectiva adoptada en lo que precede, quisiera volver, para terminar, al problema de las repercusiones que pudo tener la relación de Chaves en el terreno estrictamente literario y evocar aspectos del mismo que me parecen haber sido injustamente descuidados. Creo, entre otras cosas, que no se ha apreciado correctamente el papel que ha desempeñado este texto como encrucijada en el camino de la evolución del género epistolar en su modalidad de correspondencia entre rufianes y prostitutas. Este subgénero menor (cuya cima espectacular vemos en el carteo entre Escarramán y la Méndez, que Quevedo compuso hacia 1611 según la estimación de J. M. Blecha²⁷) sigue antes de esta promoción, que en cierto sen-

²⁵ El *Speculum cerretanorum*, de Tadeo Pini. Cf. P. Camporesi, *Il libro dei vagabondi*, Torino, 1973.

²⁶ Pueden consultarse a este respecto, además del citado trabajo de P. Charrier, las prudentes consideraciones de P. Gutton en *La société et les pauvres en Europe (xvi^e-xviii^e siècles)*, Paris, 1974, pp. 47-48.

²⁷ QUEVEDO, *Obras completas*, t. 1: *Poesía original*, 1963, p. 1999.

tido lo fosiliza, una trayectoria cuyas etapas parecemos condenados a ignorar en parte, pero que se puede esbozar a partir de los textos conocidos de la manera siguiente:

1) En la primera sección de las *Poesías germanescas* recopiladas por J. M. Hill no se encuentra más que una carta del tipo mencionado. Y aun ésta no se puede equiparar exactamente con las de Quevedo, puesto que el texto de la misiva corresponde sólo a la segunda parte de un extenso poema que evoca de manera general la visita a una cárcel de un personaje a quien otro dictará una carta a su amada. Este texto, que lleva el número X de la primera sección ("Entré ayer a visitar/en la cárcel de la villa/una pobre mujercilla, /que es carta de marear/la mejor que haya en Castilla...") procede del *Romancero* de Pedro de Padilla, Madrid, 1583.

Es cierto que en la misma sección aparece una carta en jacarandina (XIV, pp. 42-45) donde se evocan las relaciones sentimentales de un jaque y de una ramera. Pero el autor de la carta es un amigo del rufián, en oficio de mediador.

2) Si se admite, como lo he hecho al comienzo de este artículo, que la relación de Chaves hubo de escribirse entre 1596 y 1599, la carta del rufián Molina que más arriba hemos considerado como piedra de toque evidente del carácter en ocasiones deliberadamente mistificador del texto de Chaves, debe ser clasificada, junto con los dos textos precedentes, entre los testimonios más antiguos del subgénero aquí considerado.

3) En la carta de Chaves se inspiró directamente Alemán para la que interpoló en uno de los últimos capítulos del *Guzmán* (ed. cit., III, 7). Lo demuestra el partido que Alemán saca, con un acierto novelesco que merece destacarse, de uno de los jeroglíficos que acompañan a la firma un tanto chusca descrita no sin regodeo por el procurador sevillano (la representación cifrada de la palabra *esclavo*, que el rufián Molina emplea sólo metafóricamente). Al crear ese personaje de la esclava con quien Guzmán deshonor el techo de la señora que ha fiado de él el gobierno de su casa y de su hacienda, Alemán añade una circunstancia agravante al engaño del protagonista; se advertirá que ésta es del mismo orden que aquella inserta en la historia de Dorotea y Bonifacio, cuando la casa del culpable de todas las desgracias de aquella pareja ejemplar se ve destruida por un incendio que revela al mismo tiempo el amancebamiento de su hermana menor con el dispensero (p. 729). Sólo este personaje femenino le permite además integrar a la experiencia de Guzmán, por otro camino que el de escenas anecdóticas de las que pretende haber sido testigo, el empleo del discurso directo aberrante que es uno de los rasgos característicos de la representación de la delincuencia. Puede observarse que, cuando ésta firma su carta con un

"tu esclava hasta la muerte", realiza un amalgama entre el sentido propio y el sentido figurado que deja en mala postura, artísticamente hablando, a Chaves con los jeroglíficos de su Molina. También es de notar la sutileza con que Alemán interpola de paso en la carta de la esclava uno de los disparates que Chaves atribuía a su sentenciado jugador de cartas y borrachín ("Díceme Juliana que te diga que apeles. Apela veinte veces y más, las que te pareciere". 2ª, III, 7; 1967, 870. Cf. Chaves: "Y porque algunos bachilleres presos le aconsejan que antes que se vaya el escribano diga que apela, dice a voces: '¡Ah señor! a él digo, ponga que apelo treinta veces'"; GALLARDO, I, 1362-1363).

4) En el romancero de Juan Hidalgo, del que Hill supone que una versión manuscrita pudo circular desde 1604 (cf. Introductory note, p. vii), aparece una carta escrita por una prostituta a su rufián ("La iza que engiba el cairo ...", pp. 69-70). Como en el caso anterior de la carta del rufián a la prostituta recogida por Pedro de Padilla, sólo se trata de un fragmento de un romance "por episodios" bastante largo. La carta va, pues, precedida por una introducción que presenta al destinatario y seguida por la evocación de su reacción *a posteriori*.

5) Quevedo parece haber sido el primero en hacer coincidir el contenido de una carta con la totalidad de un poema, y el primero también en imaginar sistemáticamente esta correspondencia en forma de dípticos: carta de Escarramán a la Méndez y respuesta de la Méndez a Escarramán, o, invirtiendo el orden en que intervienen los personajes masculino y femenino, carta de la Perala a Lampugo, seguida de la respuesta de Lampugo a la Perala (cf. la ed. de Ble-cua, pp. 1199-1214). Semejante estilización sólo parece posible sobre la base de los precedentes anteriormente mencionados.

Resulta legítimo también preguntarse si la existencia de ese corpus epistolar típico del universo de la delincuencia no ha influido en la génesis de la carta de Alonso Ramplón, verdugo, a su sobrino Pablos. Las líneas consagradas anteriormente al cuidado de aparentar de los condenados a muerte nos han llevado ya a aludir a esta célebre página. El contenido anecdótico desarrollado en ella a partir de sugerencias como las que aparecen en la relación de Chaves, o en los ecos de la misma que se escuchan en el *Guzmán*, se trasvasa en una forma habitualmente reservada para la representación de relaciones sentimentales degradadas, y a las cuales se sustituiría una representación degradada de las relaciones familiares, por obra de una trasposición reveladora de las obsesiones del autor. Es obvio que dicha carta lleva la impronta de otros recuerdos de lectura, entre los que basta citar las alabanzas que Celestina hace del donaire que tuvo en la picota la madre de Pármeno, tantas veces recordadas a

propósito del tema del orgullo en la horca²⁸, o una anécdota de la *Floresta* donde aparecen por cierto las relaciones paternofiliales, puesto que se alude en ella a un albardero deseoso de que su hijo llegue a ser un "águila" en el oficio que le dejaron sus padres (IX, I, iii). Parece no obstante que la hipótesis de una reutilización concreta de la correspondencia sentimental en el universo de la delincuencia merece ser tomada en consideración, aunque sólo sea por el hecho de que entre sus consecuencias está la de desembocar —en la medida en que su caracterización lingüística es la misma— en la total asimilación entre el verdugo y los criminales, asimilación que es un lugar común que Quevedo desarrolla, como se sabe, con particular complacencia. No sería éste, además, el único lugar del *Buscón* en que parece que el tema de las relaciones parentales se sustituye a otro tema normalmente asociado con el uso de determinadas estructuras narrativas²⁹.

Si se tiene en cuenta la fecha de redacción probable de la primera versión del *Buscón*, en que cabe suponer que figuraba ya una carta que influye de manera decisiva en la trayectoria del protagonista, todos los textos anteriormente examinados pueden situarse en un período que abarca los quince primeros años del siglo xvn. Pero la huella de la relación de Chaves todavía se rastrea en textos más

²⁸ Cf. M. BAQUERO GOYANES, "El entremés y la novela picaresca", *EMP*, 6 1956, p. 221, y E. NAGY, "El pícaro y la envoltura picaresca", *H*, 45 (1962), p. 57.

²⁹ Me refiero aquí concretamente a algunas incongruencias que se observan en el conocido episodio de la venta de Viveros. Este episodio se abre, por ejemplo, con una alusión a la complicidad existente entre el ventero y los carreteros que han llegado a la venta antes que don Diego y sus criados. Semejante advertencia tendría sentido si, en lo que sigue, se desarrollara un esquema parecido al que encontramos en el *Marcos de Obregón* (I, 9), en que un burlador informado de antemano de la identidad de su víctima y de sus puntos flacos aprovecha estos datos para engañarle y comer a costa suya. En la venta de Viveros, los gorriones no necesitan para su engaño ninguna información previa, puesto que comienzan a urdir su trampa en el momento en que Pablos pronuncia imprudentemente el nombre de su amo. Otro detalle que parece impropio es el hecho de que el ventero le dé la mano a Pablos, en el momento en que éste se apea del coche, y le pregunte si va a estudiar. Otra vez tenemos aquí la impresión de que una actitud tan obsequiosa encaja perfectamente en la perspectiva en que el burlado es un estudiante novato, a quien engañan alabando su ingenio y sus prendas de joven intelectual. De muy distinto tenor es, como se sabe, la broma que se teje en torno a don Diego, en que lo único que se ensalza es la calidad de la sangre del personaje mistificado. Me parece manifiesto que el punto de partida de Quevedo fue en este caso un esquema narrativo del tipo del que vemos desarrollado en la obra de Espinel, que modificó sin conseguir allanar todas las dificultades planteadas por el *rifacimento*, pero dándole una orientación plenamente reveladora de determinadas obsesiones suyas.

tardíos, confirmando estos ecos prolongados la amplitud del movimiento de curiosidad que llegó a despertar. En la *Varia fortuna del soldado Pindaro* (1626), aprovecha Céspedes y Meneses la breve detención del protagonista en la cárcel de Córdoba para situar allí el relato de una evasión colectiva narrada por Chaves y por el padre León (cf. *Apéndice*, núm. 11):

Amaneció pues el deseado día, si bien el más amargo y doloroso que nunca por su casa pensó ver el Alcaide (...) Tenían todos los presos de importancia concertada una gran fiesta para aquella tarde, prevenida de muchos tiempos antes, con invenciones, máscaras y libreas (no es nuevo este alivio en las cárceles), para la cual convidó nuestro alcaide casi toda la audiencia ...

Llegó la hora, y en lo bajo del patio hubo diversas danzas, bailes, juegos de manos, esgrima y volteadores; y después, prosiguiendo, se comenzó la entrada de las cañas ... Diose principio a aquesta entrando de dos en dos corriendo desde un portal hasta un aposento que había a lo largo del patio. Pasaron de esta suerte veinte y cuatro su carrera, regocijada de los que mirábamos con grande aplauso y grita. Y estando así, esperando que volviesen a salir y que se continuase la fiesta, viendo el alcaide que se tardaban demasiado, mandó que uno bajase, y los hiciese dar más prisa; partió a esto un portero, y entrando en el aposentillo y no hallando en él persona alguna, ni más señales de los caballeros del juego que las adargas, lanzas y rucios de madera, abrió la boca dando tan grandísimos gritos que yo pensé que reventara por los ijares. Corrimos todos al socorro, creyendo le mataban u otra semejante desdicha, y no fueron los últimos sus convidados y el alcaide; pero quedámonos los unos y los otros como matachines, mirándonos pasmados, y aun condolidos de un tan grave infortunio. Mas los menos embarazados y confusos, hallando debajo de unas imágenes y pinturas de papel la puerta de la fuga, que era cierto guzpátaro o boquerón de casi media vara, se arrojaron por él ...

Los que siguieron a los presos cogieron tres, y veinte y uno escaparon ... (I, 11; CC. 202, pp. 108-110).

Otra evasión, atribuida por Chaves a cierto "Fulano de Cabra" (cf. *Apéndice*, núm. 10), sirve parecidamente de punto de partida para una pintoresca reelaboración inserta en las *Memorias* de don Diego Duque de Estrada:

Matáronse las luces, y cogiendo el contratiempo a la ronda, que no se hace en tres horas, ligué mis vestidos y espada, y con una cuerda lo eché todo por una reja que cae a la parte del patio, y desnudo en cueros subí sobre un vasarillo que tenía solamente un ladrillo, tan débil que no se juzgó poder sustentar una criatura, sobre el cual estaba una gatera, por donde con mucha presteza por no caer, pasé un brazo y la cabeza, y retirando el aliento (...), incorporado, aun-

que con mucha fatiga, pude salir hasta el medio cuerpo; pero, siendo fuerza el respirar, el aliento que estaba recogido en el vientre subió al pecho y llenó su vaso, con que yo quedé atrancado, sin poder volver atrás ni adelante. (...) Determinéme a desmembrarme o salir, y bajando el hombro cuanto pude, tornando a recoger el aliento, el vientre, el estómago, aunque desollándome, salí crujiéndome todos los huesos, y aferrándome a los corredores con las manos, pasé todo el cuerpo y me puse en salvo. ¡Cosa increíble! Que, en efecto, era una entrada y salida de gatos redonda y que después los jueces no creyeron el haber podido salir por allí hombre humano sin desahacerse todo (*BAE*, t. 99, p. 290).

Este episodio, que suena a aventura del barón de Münchhausen, está situado por don Diego en la cárcel de Toledo en 1617 (aunque ignoramos cuándo fue escrito). Creo que cierra dignamente, con la integración de un fragmento cuya autenticidad da por buena el padre León en la autobiografía fantaseada del gran mitómano que fue don Diego, una investigación cuyo objeto era mostrar cuán delicadamente están imbricadas, en la representación de la delincuencia, realidad y ficción.

MONIQUE JOLY

Université de Lille III.

APÉNDICE

CRISTÓBAL DE CHAVES

1. Tiene la cárcel cuatro tabernas y bodegones a 14 y 15 reales cada día; y suele ser el vino del alcaide, y el agua del bodegonero, porque siempre hay baptismos (1344).

... Y como el vino que se vende en los bodegones es suyo del sota-alcaide, y el señor Asistente los visita los martes, y mira el vino que tienen, para ver si está aguado, y el precio a que vende, hay cuidado de poner cuatro jarricos de vino riquísimo, uno en cada bodegón, y de aquél hacen muestra, dando a entender que aquél es el que se vende a los pobres, siendo el que se les da pura hiel y vinagre (1353).

2. Hay en la cárcel pregoneros, que son los presos que venden y rematan las prendas ... (1348).

PEDRO DE LEÓN

Hay cuatro tabernas y bodegones arrendados a cuatro y quince reales de alquiler cada día, y suele ser el vino del alcaide, y el agua del tabernero, porque nunca faltan baptismos prohibidos en toda ley, y aunque el Asistente los visita cada martes, y mira el vino que tienen, para ver si está aguado, y el precio a cómo se vende, hay cuidado de poner cuatro jarros de vino riquísimo, uno en cada bodegón, y de aquél hacen muestra, dando a entender que aquél es el que venden a los pobres, siendo el que les dan la pura hiel y vinagre (210).

Susténtanse algunos presos pobres de hacer en la cárcel oficio de pregoneros, vendiendo y rematando las prendas que allí se venden (210v).

3. ... Que esto tiene esta cárcel y su grandeza.

Diré una que, aunque es menudencia; es notable: y es que se sustentan en cada reja, alta o baja, siete u ocho presos pobres de que las personas que vienen a buscar presos y no saben adonde están, éstos preguntan a quién buscan y si quieren que lo llamen, y a voces por su nombre lo llama (n). Y acaece todos andar dando voces a diferentes hombres: y en pareciendo, les dan por esto como si fuese oficio, uno o dos ochavos; y hay dellos quien gane cuatro reales cada día ... (1355-1356).

4. La cárcel de las mujeres está en el apeadero desta cárcel, sobre la mano izquierda. Tiene su patio y agua de pie ... su capilla para decir misa, y enfermería ... (1348).

5. En siendo las diez de la noche, el alcaide pone tres velas en lo bajo de la cárcel y en lo alto; y como si fuese una fortaleza, a voces hasta que amanece, por su repartimiento a los que la han de hacer, dicen: "¡Vela, vela, hola!" y lo mismo responden los demás. Y el que se duerme lleva culebra, que es lo mismo que rebenque o pretina (1344).

Estaban presos dos hombres por una muerte, y fueron condenados a ahorcar en vista. Tuvieron orden de convidar al portero de la puerta de la galera vicja a comer, y sobre mesa tomaronle la llave como quien juega con el cuchillo, diciendo así: "Debajo de ésta está la libertad de muchos honrados". Y pareciéndoles que el portero no era hombre que viniera en caso de hacer daño al alcaide, imprimieron en cera las guardas de la llave; y enviaronla otro día a la cerrajería, y por la impresión de la cera forjaron los cerrajeros otra, la cual hizo a la cerradura. Como he dicho atrás, velan tres veladores hasta el día; el uno de los cuales está en el corredor alto, donde cae la puerta para donde se hizo esta llave. Y así, el uno de estos dos presos abrió sutilmente con ella, y el otro lla-

Y para que se vea los aprovechamientos que la cárcel tiene y su grandeza, diré uno que, aunque es menudencia, es notable, y es que se sustentan en cada reja, alta y baja, seis u ocho presos pobres de que las personas que vienen a buscar presos y no saben dónde están, preguntan a quién buscan y si quieren que lo llamen, y a voces por su nombre lo llaman, y acaece andar todos dando voces a diferentes hombres ... y en pareciendo le dan dos o cuatro maravedís, y hay pícaros de éstos que ganan tres o cuatro reales cada día (210v).

A la entrada de la cárcel, a mano izquierda, está la cárcel de las mujeres ... dentro hay su patio y agua de pie, capilla y enfermería ... (211).

En siendo la diez de la noche, el alcaide pone tres velas en lo alto y bajo de la cárcel, y como si fuese nao o fortaleza están todos tres remudándose por sus cuartos con otros toda la noche hasta que amanece, diciendo a voces: "¡Vela, vela! ¡Hao!", y lo mismo responden los demás, y el que se duerme lleva culebra, que es lo mismo que rebenque o pretina. Y estando presos dos hombres por una muerte, fueron condenados en vista a ahorcar. Tuvieron orden de convidar al portero de la galera vieja donde ellos estaban, y sobremesa tomaronle la llave como quien jugaba con ella como con un cuchillo, y así jugando dijo el que la tomó: "Aquí está la libertad de muchos honrados". Y con disimulación imprimió la llave en una torta de cera, y enviándola otro día a la cerrajería, hicieron por la impresión otra que hacía a la cerradura. Y el uno de los tres velas que hacía la suya en el corredor alto, donde se suele poner el que la hace, y al cabo del corredor estaba la puerta de la galera. Y el uno de los dos presos que estaban condenados a muerte abrió muy sutilmente la puerta con la llave hechiza, y el otro llamó desde dentro al que hacía la vela, el cual, no entendiendo que

mó por de dentro al que hacía la vela; el cual no entendiendo que estaba abierta y llegándose cerca, le asieron por la garganta y tapándole la boca le mató uno de ellos, y el otro prosiguió diciendo: "¡Vela, vela!" (...) Y luego se ocupó el que mató al otro vela en traer de su rancho dos bancos de cama, los cuales arrimó muy bien a un mármol de los corredores que sustentan el tejado, por donde era la huida; de manera que echando a la banda del patio los pies de los bancos, sirvió como escalera: por donde se subieron y fueron a dar a una calle de los Cordoneiros, que cae frontero de la iglesia de San Salvador. Fue muy graciosa cosa que yendo subiendo por la escala y el tejado, no cesaron ambos delincuentes de decir: "¡Vela, hao!" ... (1359).

6. Las puertas nunca todas están cerradas de día ni de noche hasta las diez, que se recogen los presos y el alcaide toma las llaves; y todo el día y noche, como hormiguero y procesión, entran y salen hombres y mujeres con comidas y camas, sin preguntarles a qué entran ni detenerl(o)s ...

Hace el alcaide tres visitas en la noche con sus bastoneros hasta que viene el día ... (1344).

En siendo hora de encerrar los presos, cinco hombres que no sirven de más, dan voces diciendo: "¡Ah del patio! Arriba los de la galera vieja y nueva", y el otro dice: "Acá, acá, los de la galera vieja", y el otro: "¡Ea los de la cámara del hierro!", y otro: "¡Ea, los de los entresuelos!", hasta que no falta ninguno por encerrar, siempre dando voces diciendo esto. Y desde que están encerrados, dan voces diciendo: "¡Ah de la calle! ¡Hola! ¿Quién sale fuera? Que se llevan las llaves: a la una, a las dos, a la tercera; este es el postrero remate". Y con esto cierran los golpes, y en cerrando, aunque importe la vida de mil hombres, no se abren las puertas y se quedan los de fuera aquella noche dentro.

Después de estar encerrados los presos, con haber entre ellos tan mala gen-

estaba puerta de la galera abierta y llegándose cerca a hablar a quien le llamaba, le asieron por la garganta y lo mató uno de ellos, y el otro prosiguió con la vela que el muerto hacía, diciendo: "¡Vela, vela! ¡Hao!". Y el otro se ocupó en traer dos bancos de cama de su rancho y amarrarlos al pilar que estaba debajo del tejado por donde había de ser la huida. Y sirviendo los pies de escalones, ganaron el tejado y fueron a dar a una calleja de los Cordoneiros, que cae frontero de San Salvador. Y fue muy graciosa cosa que el delincuente que tomó la mano a hacer la vela no cesó de proseguir con su "¡Hola! Vela, ¡hao!", cuando subía y yendo por el tejado, y de esta manera se fueron los dos y no parecieron más (211v-212).

Las puertas nunca en todo el día se cierran, ni de noche hasta que han dado las diez, que se recogen los presos y el alcaide toma las llaves, y todo el día hasta estas horas están como hormigueros o procesión, entrando y saliendo hombres y mujeres con comidas y camas, y a hablar a los presos, sin preguntarles a qué entran ni qué quieren. Y el alcaide hace tres visitas cada noche con sus bastoneros, y en siendo las diez, que se han de cerrar las puertas (como queda dicho), andan cinco hombres, que no sirven de más que de dar voces diciendo: "¡Ah del patio! ¡Arriba, arriba los de la galera nueva!", y el otro dice: "¡Acá los de la galera vieja!", y el otro: "¡Acá de la cámara del hierro!", otro: "¡Acá los de los entresuelos!", y hasta que no queda ninguno por encerrar, siempre dan voces diciendo esto. Y desde que los presos están encerrados, dan otras voces diciendo: "¡Ah de la calle, hao! ¿Quién sale fuera, que se llevan las llaves? A la una, a las dos, a la tercera, éste es el postrero". Y con esto cierran los golpes, y cerrados, aunque importe la vida de mil hombres, no abren las puertas y se quedan dentro los que de fuera no han salido.

Y después de encerrada toda esta

te, conocen a Dios de manera que uno que tiene cargo del altar que cada aposento tiene, enciende dos velas de cera en dos candeleros de barro, y sirve como sacristán, de manera que le respetan todos mucho, pues con un rebenque en la mano hace que se hinquen todos de rodillas, y dejen los juegos y la comunicación de mujeres, que nunca falta. Y a una voz dicen la salve a voces al tono que el que les enseña, y su responso en forma (...) Y rematan con que todos juntos a una voz dicen: "Señor mío Jesucristo, pues que derramastes vuestra preciosa sangre por mí, habed misericordia de mí que soy gran pecador". Es grande el ruido de todos los aposentos, y vase cada uno de nuevo a pecar, otros a renegar, y otros a hurtar (1354-1355).

7. Y porque he dado cuenta de todo y no se me quede en el tintero, diré lo postrero, que es la servidumbre que tiene esta cárcel o infierno: la cual es tan grande como un estanque grandísimo, y de la forma dél, con escalones de piedra (...), con sus arcos y mármoles por delante, es muy honda; y con toda la grandeza y anchura que tiene, se saca cada dos meses que no la pueden agotar con cien bestias en otro tanto tiempo (...) A las entradas desta hay unos ladrillos para pasar a ella, que ponen los muy pícaros que no tienen jurisdicción en los aposentos; donde hay imagen y lámpara, y cualquiera que quiera entrar a usar de su persona les ha de contribuir con un cuarto por lo menos. En ésta se entran huyendo cuando les quieren ejecutar las sentencias de azotes, y se meten en la inmundicia hasta la garganta, haciendo motín y tirando pelladas de aquel sucio barro al verdugo y porteros; y en efecto hasta que ellos quieren no se ejecuta en ellos. Y para limpiarse se ponen en cueros que les dé uno de los caños de agua que está en el patio (1351-1352).

8. Todos los presos que entran de nuevo los mandan encerrar por luego

canalla, con haber entre ellos tan mala gente, conocen a Dios, de manera que uno que tiene cargo del altar que cada aposento tiene, enciende dos velas de cera en dos candelabros de barro, y sirve como sacristán, al cual respetan todos mucho, pues con un rebenque en la mano hace que se hinquen de rodillas y dejen los juegos y otras cosas, y a una voz dicen la salve al tono que aquél les enseña, y sus responsos en forma al fin (...) y "Señor mío Jesucristo, pues derramásteis vuestra sangre por mí, etc.", y al fin el acto de contrición, con lo cual se hace un gran ruido, como todos los aposentos rezan a un tiempo (212).

Tiene esta cárcel una servidumbre tan grande como un estanque y de la forma de él, con escalones de piedra con sus arcos y mármoles por delante; es muy honda y, con toda la grandeza y hondura que tiene, se saca cada cuatro meses, que no la pueden agotar cien bestias. A la entrada de esta poza hay unos ladrillos para entrar a ella, que ponen los muy pícaros que no tienen entrada ni jurisdicción en los aposentos, y cualquiera que quiere entrar a sus necesidades les ha de dar cuatro maravedís, o por lo menos dos; y aquí se suelen entrar huyendo los que están sentenciados a azotar al tiempo que quieren ejecutar la sentencia, y se meten en la inmundicia hasta la garganta, haciendo motín y tirando pelladas de aquel mal barro al verdugo y bastoneiros, y en efecto hasta que ellos no quieren, no se ejecuta la sentencia, y para limpiarse se desnudan y se ponen a lavar en la pila, para que se asienten mejor los azotes (213).

Todos los presos que entran de nuevo, por luego les mandan encerrar en

en los aposentos dichos, y no salen alrededor ni patio hasta que los germanes del dicho aposento ruegan al de la puerta de plata que lo saquen, y sácanlo y tráenlo a conocer; y esto es dos reales por mitad, tanto al portero como a los rogadores. Y lo mismo es cuando se le ruega que quite prisiones o que lo dejen estar en buen lugar. Puedo decir que se sustentan desto quinientos y más hombres, sin tener quien los haga bien ni conozcan; y así, cuando salen en libertad o para galeras, llevan de la cárcel mucho dinero. Y los que acuden más a esto y son más tenidos * son los que están rematados para galeras; y tienen por coselete y honra estar rematados; y a voces se publica que "fulano es esclavo de S.M.", de donde les nacen atrevimientos extraños, como si fuese dignidad; que luego es tenido, y estafa y quita la capa al que no le da de comer o de lo que tiene, y luego es de rancho y de valentía, y tiene parte en el aceite y limpieza y los demás aprovechamientos, habiendo sido primero como el de la piscina (1345-1346).

Cuando ha de haber alguna pendencia, son conocidos los de la ocasión en que traen capas para cubrir los terciados, cuchillos o pastorcillos (que así se llaman los palos con punta); y salen al desafío al patio, como si tuviesen la iglesia a la huida; donde se levanta una polvareda de todo género de armas, y jarros, cazuelas, de donde salen algunos heridos o muertos. Y acudiendo el alcaide al alboroto, no halla armas ni hombre de la pendencia, y la justicia no halla hombre culpado ni testigo, ni quien lo ose decir. Vide una vez salir dos heridos, uno de cada parte: subiéronlos a la enfermería, lugar acomodado para todos los que se han de curar; y estando curando a uno

los aposentos dichos, hasta que los germanes del dicho aposento ruegan al portero de la puerta de plata que los saque, sácanlos, y tráenlos a conocer, y de esto dan dos reales por mitad, tanto al portero como al rogador, y lo mismo es cuando se le ruega que quite prisiones, o que deje al preso estar en buen lugar. Puédese afirmar con verdad que se sustentan de esto quinientos presos sin tener quien les haga bien ni les conozca (...) y así, cuando salen libres o para galeras, llevan de la cárcel muchos dineros, y los que acuden a esto son los más temidos y los que ya están rematados para las galeras, y tienen por coselete y blasón el estar ya rematado, y a voces publican que son esclavos de Su Magestad, de donde les nacen extraños atrevimientos, como si fuese dignidad y exención, que luego son temidos y estafan y quitan la capa al que no les da de comer, o lo que tiene, y luego es de rancho y valentía, y tiene parte en el aceite y limpieza, y en los demás aprovechamientos, habiendo sido primero como el de la piscina (213).

Cuando ha de haber alguna pendencia son conocidos los de la ocasión en que traen capas con que encubren los terciados, cuchillos, pastorcillos (que así llaman a los palos tostados al fuego y con puntas) y salen al desafío como si estuvieran en la calle y cerca de la iglesia, y se levanta una polvareda de todo género de armas, jarros, platos y escudillas, de donde salen algunos heridos, y otros muertos. Y acudiendo el alcaide al alboroto, ni halla armas, ni a hombres de la pendencia, y la justicia no puede descubrir culpado, ni testigo, ni hay quien lo ose decir. Salieron una vez de una pendencia de éstas dos heridos, uno de cada bando, subiéronlos a curar a la enfer-

* *Tenidos*: A. Fernández-Guerra justificó esta lección con una nota al pie de página (*tenidos* = reputados, bien conceptuados), cf. GALLARDO, I, 1342. El autor de la transcripción publicada en el tomo 3 de la *Colección de Papeles del Conde de Aguila* (1959) leyó en cambio *temidos*. El manuscrito granadino del texto del padre León corrobora la segunda interpretación.

dellos, que le cabía la mano del cirujano por la herida que tenía por los riñones, le rogaba que se estuviese quedado para sacarle los cuajos de sangre; el cual estaba contando la historia a otros desalmados, envolviendo su cuento con mil gentilidades y blasfemias; jurando que "aquel que estaba allí su contrario era honrado, y tenía amigos que como pudieron le dieron a él su pago". E importunándole todavía que se estuviese quedado, decía: "Déjeme todo hombre, y vuarcéd tape eso ahí como con algo". Esto decía el barbero a cada importunación; y llegando un escribano a hacer esta averiguación, mandándole poner la mano en la cruz y que jurase y dijese quién le hirió y por qué, huyó la mano y respondió que "para qué se metía en aquello, y que si él lo había llamado, que él no sabía si estaba herido o no". Y replicando el escribano que cómo decía que no estaba herido, viendo él que lo estaba. A lo cual replicó el herido: "Pues yo no veo la herida. Si vuesa merced la ve, ponga ahí que vido una herida en un hombre que no tiene la justicia que ver con él, porque es galeote de S. M.". Y dejando a éste se fue el escribano al otro herido; el cual, como supiese menos de germanía, puso la mano en la cruz queriendo declarar, y atajólo otro hombre de la buena vida, diciéndole que perdía punto en aquello. Y así no quiso declarar, y díjole al escribano: "Vaya vuesa merced con Dios, que lo que dijo ese hombre que está herido, digo yo". Y no duraron veinte y cuatro horas vivos ... (1346).

9. Y allí está una cofradía que tienen los presos de disciplina, que la sirven los dichos presos, como si estuviesen en libertad y fueran más virtuosos de lo que son: sale viernes santo por lo bajo y alto de la cárcel que es mucho; piden todas las noches con su imagen por la cárcel, y llegan mucha limosna; acompañan esta demanda los más

mería, y estando curando al uno de ellos, que le cabía la mano del cirujano por la herida que tenía en los riñones, rogábale el cirujano que se estuviese quedado, para sacarle los cuajones de sangre que tenía, el cual estaba contando la historia a otros desalmados como él, envolviendo su cuento con mil gentilidades y blasfemias, y jurando que aquel hombre que allí estaba, su contrario, era honrado, y que como le dio a él, le podía él matar, y que tenía amigos que, como pudieron, le dieron a él su pago. E importunándole todavía el cirujano que se estuviese quedado, decía: "Déjeme todo género de hombre, y vuacé tape eso ahí con algo". Y llegando un escribano a hacer de ello averiguación, mandóle poner la mano para que jurase y dijese quién lo hirió y por qué. Alzó la mano y respondió que para qué se metía en aquello, y que si lo había él llamado, que él no sabía si estaba herido o no. Replicó el escribano que cómo decía no estar herido, viendo él que lo estaba. Respondió el herido: "Pues yo no veo la herida; si vuacé la ve, ponga ahí que vido una herida a un hombre que no tiene la justicia que ver con él, porque es galeote de Su Magestad. Y dejando a éste, se fue el escribano al otro herido, el cual, como pusiese la mano en la cruz y queriendo declarar, lo atajó luego otro de la buena vida germánica, diciéndole que perdía punto en aquello, y así no quiso declarar y le dijo al escribano: "Vaya vuacé con Dios, que lo que dijere aqese hombre que está ahí herido, digo yo". Y no vivieron entrambos veinticuatro horas (213v-214).

Hay una cofradía de disciplina que tienen los presos, y la sirven como si estuvieran en libertad, y fueran más virtuosos de lo que son. Sale el viernes santo por lo alto de la cárcel, y baja al patio. Piden todas las noches con su imagen por toda la cárcel y llegan mucha limosna; acompañan esta demanda los más valientes y más temidos. Y

valientes y los más tenidos ... Y cuando hay hombre de quien hacer justicia van todos los presos con su cera cantando las letanías hasta el lugar donde está recogido el que ha de morir ... (1342).

... Es mucho de ver cuando ha de morir algún valiente, que cada uno de los valientes envía a la ropería por lutos alquilados ... (1346).

... donde los más honrados hacen un pésame y despedimiento general o gentilico, como adelante se dirá ... (1342).

10. Estando condenado a muerte un Fulano de Cabra, lo pusieron en la enfermería junto al altar; donde la última noche, sabiendo que a otro día había de morir, trató con un negro ladino que servía a los enfermos, de irse. Y haciendo que se iba a proveer a la cocina que está en este aposento, dijo al negro que por caridad lo llevase a hacer sus necesidades en peso*, que dos pares de grillos que tenía muy estrechos no le dejaban menear, y llevólo a cuestras el negro. Esto fue delante de mucha gente que con él estaba, ayudándole a pasar la melancolía y tristeza de su muerte. Subiólo pues el negro en la frente de un tabique que hacía una chimenea; y en un momento, con una barrena gruesa, cortó con barrenos muy espesos una tabla que estaba entre dos vigas del techo, que apenas una criatura cupiera por el agujero; y con la mano quitó la tierra en el sombrero, y luego alzó las tejas; dándole el negro del pie, ganó el tejado que cae a una vecindad de los Cordoneros, paredaño de la cárcel; y rodando y deslizándose se fue como águila**. Y queriéndose salir el negro por el mismo agujero, no cupo, ni pudo entrar ni salir hasta que se desbarató otro día la

cuando hay alguno que hacer justicia [sic], van todos los presos de noche con su cera encendida cantando las letanías hasta el lugar donde está recogido el que ha de morir, y si es algún valentón el paciente, todos los de la hampa envían por lutos alquilados a la ropería, y de esta manera llegan y le dan un pésame más gentilico que cristiano (214).

Estando condenado a muerte Fulano de Cabra, le pusieron en la enfermería junto al altar, donde la última noche, sabiendo que otro día había de morir, trató con un negro ladino que servía a los enfermos, de irse. Y haciendo que se iba a proveer a la cocina que tiene este aposento, le dijo al negro que por caridad lo llevase a hacer sus necesidades en peso porque dos pares de grillos que tenía no le daban lugar de andar, porque eran muy cortos. Llevólo a cuestras el negro, y esto fue delante de mucha gente que con él estaba, ayudándole a pasar la melancolía y tristeza de su muerte. Subido, pues, el negro en la frente del tabique que hacía una chimenea, y en un momento, con una presteza increíble, con una barrena gruesa cortó una tabla que estaba entre dos vigas, haciendo barrenos espesos, que apenas cupiera una criatura por el agujero, y con la mano quitó la tierra en el sombrero, y luego alzó las tejas, y dándole el negro del pie, ganó el tejado que cae a una casa de la calleja de la cárcel, y rodando y deslizándose como anguila se fue. Y queriendo salir el negro por el mismo agujero, no cupo, y se quedó asido por la cintura, de manera que ni pudo en-

* En peso: el texto reproducido en Gallardo es aquí manifiestamente erróneo (empero). Quedó subsanada la errata en la transcripción de la *Colección de Papeles del Conde de Aguila*.

** Aguila es la palabra que se encuentra en las dos transcripciones de la relación de Chaves. Creo que se impone la corrección sugerida por la confrontación con el texto del padre León (*anguila*).

mitad del enmaderado: y esto le hizo provecho al que se fue primero, porque como acudieron al agujero, no pudieron salir por estar tapado; porque si fueran tras él, por ir aprisionado fuera vuelto en la primera azotea. (...) Túvose por milagro esta huida; y por mayor el haberle preso dentro de un año en Sanlúcar de Barrameda, que es quince leguas de Sevilla, de donde fue traído y ahorcado por su delito dentro de tres días; que bien lo mereció su desvergüenza y atrevimiento de haberse venido tan cerca, sabiendo que si le prendían no tenía remedio su negocio.

Cuando se hizo en esta cárcel la fuente de agua que está en el patio, se edificó para su remaniente y desagüadero una atajea de un estado en alto, desde el patio; y por debajo de las paredes de la cárcel que salen a la calle, y por la plaza de San Francisco va a dar al río. Por ésta pues, determinaron los presos de delitos graves salirse; y sin considerar que podía estar asolvada de inmundicia, y que toda era de cal y arena, y que solo llevaban puñales y algunos formones de carpintero, horadaron la entrada por el patio; y unos detrás de otros, se fueron por la atajea más de ciento cincuenta pasos. Y llegando a la plaza de San Francisco se ahogaron muchos dellos del mal olor. Y los que iban detrás, no temiendo la muerte, pasaron con un ánimo diabólico por cima de los muertos; y tuvieron tal maña que horadaron la atajea por el arco y cimbría que ordinariamente los artífices en estas atajeas o caños hacen: lo cual se vido de día, y abrió la justicia mucho más, y sacaron los vivos para las galeras, y los muertos para la sepultura (1360-1361).

trar ni salir hasta que se desbarató a la mañana el enmaderado; y esto le hizo provecho al primero, porque no pudiendo salir por el agujero que estaba tapado con el negro, no le siguieron, que si luego salieran, por ir aprisionado lo cogieran en la primera azotea. Túvose por milagro esta huida, y por muy grande necedad suya no haberse sabido poner en cobro, pues dentro de un año lo volvieron a prender en Sanlúcar de Barrameda (adonde se suelen recoger a buen vivir, como el otro mesonero que se fue a ser ventero en Sierra Morena, diciendo que se había querido quitar de ocasiones de hurtar, y se había venido a recogerse allí a buen vivir). Y de Sanlúcar lo trajeron a Sevilla y al tercer día lo ahorcaron.

Cuando se hizo en esta cárcel la fuente de agua que está en el patio, se edificó para su remaniente una atajea de un estado en alto desde el patio, y por debaxo de las paredes de la cárcel sale a la calle, y por la plaza de San Francisco va a dar al río. Por ésta, pues, se determinaron los presos de delitos graves de salirse, y sin considerar que podría ser estar asolvada de inmundicia, y que toda era de cal y arena, y que solo llevaban puñales y algunos formones de carpinteros, ordenaron la entrada por el patio, y uno tras de otros fueron por el atajea más de ciento y cincuenta pasos, y llegando a la plaza de San Francisco, se ahogaron muchos de ellos del mal olor, y los que iban detrás, no temiendo la muerte, con un ánimo diabólico pasaron por encima de los muertos y tuvieron tal maña que horadaron la atajea por el arco o cimbría que hacen los artífices, lo cual se vio por la mañana, y acudió la justicia e hizo abrir mucho más, y sacó los muertos para enterrar y los vivos para las galeras (214v-215).

11. Por relación de hombres viejos y de verdad, he sabido que en esta cárcel hicieron los presos de delitos graves un agujero, para salir, en uno de los calabozos bajos que salen a la vecindad de una calleja que llaman de los Cordoneros, que es paredaña a la cárcel; y la tierra que del agujero sacaban, la echaban fuera a su tiempo, sutilmente, con los sombreros, poco a poco, y la vaciaban en la servidumbre; y con ser gran cantidad, así de tierra como de ladrillo, con la continuación y tiempo tuvieron lugar para todo. Y por la parte de la calleja arrendó un aposento bajo un deudo de los presos, y picaba la pared por su aposento, a donde horadaban los presos por la cárcel; y con botijas de vinagre y barrenas gruesas y escoplos pudieron tanto que rompieron las más fuertes paredes que se pueden imaginar, porque demás de ser de cuatro ladrillos de grueso labradas con cal y arena, llevan entre medias de ia labor y albañilería rejas algunas dellas: de suerte que toda esta fortaleza no es parte para contra la industria humana. Acabóse este guzpátaro vispera de San Juan, a las tres de la tarde; y en memoria de la fiesta que se debe al Santo, hicieron los presos que se habían de ir un juego de cañas, así de papel con colores como plumería, y otros en forma de indios hechos cuadrillas, con adargas de papelón. Para esta ocasión del ser del juego de cañas, se valieron y tuvieron licencia del alcaide para desaherrojarlos los valientes y sacarlos de los aposentos fuertes, y que pudiesen bajar al patio, donde había de ser la entrada en sus caballos de caña, como acostumbran los muchachos. Y el alcaide se puso a las barandas de los corredores que están en esta cárcel, a ver esta invención con toda la gente de su casa; y porque no entrase ni saliese nadie para gozar de la fiesta, tomó las llaves. Sucedió, pues, que fueron seis cuadrillas de a ocho jugadores (o burladores); y de dos en dos corrieron por el patio, y entraban en el calabozo donde estaba hecho el

Hase sabido que en años pasados hicieron en esta cárcel los presos de delitos graves un agujero para salirse en uno de los calabozos bajos, que salía a la vecindad de una calleja que llaman de los Cordoneros, que es paredaña de la cárcel; y la tierra que del agujero iban quitando, la sacaban en los sombreros poco a poco, y echaban en la servidumbre, y con ser gran cantidad, así de tierra como de ladrillos, con la continuación y tiempo tuvieron lugar para todo. Y por la parte de la calleja arrendó un aposento un deudo de uno de los presos y picaba la pared por su aposento por la parte que ellos horadaban. Y con botijas de vinagre y barrenas gruesas y escoplos pudieron tanto que rompieron las más fuertes paredes que se pudieron imaginar, porque, demás de ser de cuatro ladrillos de ancho, era de cal y arena y ladrillo, entremedias llevaban rejas de hierro algunas de ellas, y otras de madera, por manera que toda esta fortaleza no fue bastante contra la industria humana, porque llegando a la madera, la barrenaban con barrenas de bombas, que hacen poco más que el puño el agujero, y llegando a la reja de hierro, la limaban. Acabóse este guzpátaro vispera de San Juan, y en memoria de la fiesta que se debe al santo, hicieron los presos que se habían de salir un juego de cañas, con libreas de papel de colores, y otros en forma de indios, y de otras maneras, hechas cuadrillas con sus adargas de papelón. Y con esta ocasión tuvieron licencia del alcaide para desaherrojar a los bravos y sacarlos de los aposentos fuertes y que pudiesen bajar al patio donde habían de hacer la entrada con sus caballos de caña, y entró mucha gente de fuera a ver el regocijo, y el alcaide se puso con toda su casa a las barandas de un corredor, y porque no entrase ni saliese nadie, por gozar bien de la fiesta, tomó todas las llaves de las puertas. Sucedió, pues, que siendo seis cuadrillas de a ocho jugadores, los cuales de en dos en dos partían de carrera de una parte del

guzpátaro; y como entraban, iban saliendo a la calle. Y como era rato muy grande en que no tornaban a salir, amohinóse de la dilación de la fiesta y bajó abajo; y halló que se habían ido más de cuarenta de los jugadores. Digo esto para que se vea lo que se encubre entre tanta gente, pues nadie lo descubrió (1358-1359).

12. Suelen dormir de noche en la cárcel de ordinario ciento y más mujeres ... (1345).

Siendo las diez de la noche, dieron noticia a un juez que en la galera (que es un aposento muy grande) había más de cincuenta mujeres con los presos, que aquella noche después de haber banquetado, tañido y cantado, se habían quedado a dormir. Y más por pasar el tiempo y descubrirlas, que no porque esto se castiga, se fue a la cárcel con un escribano y mucha gente que por gusto fueron a ello. Luego se dio la voz que venía juez, y dieron con el cabo de la llave en la reja y muy apriesa, que a aquella hora es señal que juez viene a visitar la cárcel o hacer alguna averiguación. Y con una presteza increíble acomodaron los presos de la galera las camas unas junto a otras, desviadas de la pared y las cabezas todas a una banda, y encorvando las piernas, hicieron hueco y pusieron sobre las rodillas y pechos las mantas y las capas, descubriendo parte de las piernas como era verano, y en el hueco de las piernas metieron a la hila las mujeres, como si fueran tarugos de madera, las cuales tendidas cupieron muy bien, sin que el juez ni otra persona cayeran en ello, aunque entraron con una hacha encendida y miraron muy bien. Salió el juez injuriando al que había dado el soplo, y los presos dieron grita, y corrido desto tornó a decir el que lo había dado que las bus-

patio e iban a parar a la otra, donde estaba el calabozo del guzpátaro, y como iban entrando en el dicho calabozo, se iban saliendo a la calle. Mas como viese el alcaide que de los que entraban en el aposento no volvía a salir ninguno, siendo pequeño como era el aposento, no le pareció bien tanta dilación, y mohino con la tardanza, bajó abajo y halló se habían salido de los jugadores cuarenta de ellos. De donde se verá lo que encubre la cárcel, pues no se descubrió esta huida en tanto tiempo como duró hacer el guzpátaro (215-216).

Suelen entrar más de cien mujercillas cada noche a quedarse a dormir con sus amigos. Y una noche dieron aviso a un juez que después de haber banquetado más de cincuenta de éstas con sus amigos, se quedaron en la galera, uno de los aposentos de la cárcel, y el juez, más por entretenimiento que por el remedio que había de poner, quiso ir después de las diez acompañado con un escribano y otra gente que gustaba de ir a ver esta emboscada. Entró en la cárcel, y luego se dio la voz que venía el juez, dando con la llave muy apriesa en la reja, que a aquellas horas es señal que el juez viene a visitar la cárcel o a hacer alguna averiguación. Y al punto los presos, con una presteza increíble, acomodaron las camas una junto a otra, desviadas de la pared y las cabezas todas a una banda, y encorvando las piernas hicieron hueco y pusieron sobre las rodillas y pechos las mantas y capas, descubriendo parte de las piernas porque era verano, y en el hueco de ellas metieron a la hila a las mujeres, como si fuera tarugo de madera, las cuales tendidas cupieron muy bien, sin que el juez ni otra persona advirtieran a ello, aunque entraron con una hacha encendida y miraron muy bien, y aun salió el juez injuriando al que le había dado el soplo, y los presos dieron grita, y corrido de esto el que había dado el aviso, tornó a decir que las buscara bien, que dentro estaban. Volvió el juez a entrar,

casen, que dentro estaban: tornó el juez, y miró la cara y barba uno a uno a todos, y tornóse a salir sin hallar mujeres ningunas. Corrido desto el soplón, descubriendo que él lo hacía, tornó adentro tercera vez con el juez, y haciéndoles levantar a todos y quitando la ropa, fueron halladas las mujeres en camisa, y otras en carnes. Y por dar los presos tantas voces, que si las detenían, les quitaban la comida, y porque dos dellas eran casadas, las dejaron todas (1349).

y miró a la cara a todos uno por uno, y no hallando mujeres se volvió a salir más corrido, y estándolo mucho el soplón y descubriendo que él lo había dicho, entró tercera vez con el alcaide, e hizo que se levantasen todos, y quitando la ropa fueron descubiertas, y por dar los presos muchas voces, diciendo que si las prendían era quitarles a ellos la comida, y porque dos de ellas eran casadas, y por las lágrimas de todas, fueron dejadas (216).